

LAS LLAGAS DE JESÚS

Volumen 1 – Sermón No. 254

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 30 DE ENERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN NEW PARK STREET CHAPEL, SOUTHWARK.**

“Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies”

Lucas 24:40

He seleccionado esta oración como texto, aunque no me apegaré estrictamente a ella. ¿Qué se iba a ver en las manos y los pies de Cristo? Se nos enseña que las huellas de los clavos eran visibles y que en Su costado todavía estaba la herida de la lanza. ¿Acaso no le dijo a Tomás: “Lleva aquí tu dedo y mira Mis manos y acerca aquí tu mano y métela en Mi costado y no seas incrédulo, sino creyente”? Quiero llamar su atención sobre el hecho de que nuestro Señor Jesucristo, cuando resucitó de entre los muertos, tenía en su cuerpo las marcas de su pasión. Si hubiera querido, fácilmente podría haberlos quitado. Resucitó de entre los muertos y pudo haber borrado de su cuerpo todo lo que pudiera ser una indicación de lo que había sufrido y soportado antes de descender a la tumba. ¡Pero no! En lugar de allí, estaban las manos y los pies perforados y estaba el costado abierto. ¿Cuál fue la razón de esto? No había una necesidad absoluta para ello, fácilmente se podría haber prescindido de él. ¿Cuáles fueron, entonces, las razones? Me esforzaré por entrar en este tema y espero que podamos sacar algunas instrucciones provechosas de allí.

Primero, ¿qué influencia tuvo sobre los discípulos la exhibición de manos y pies? En segundo lugar, ¿por qué Jesucristo, ahora en el cielo, lleva consigo las cicatrices en Su carne? Y, luego, en tercer lugar, ¿hay alguna lección para nosotros en el hecho de que Jesucristo todavía lleva sus heridas? Creo que sí la hay.

I. En primer lugar, entonces, ¿de qué servía la exposición de aquellas llagas a los discípulos? ¡Respondo de inmediato que eran pruebas infalibles de que Él era la misma persona! Él dijo: “He aquí mis manos y mis pies; que soy Yo, Mismo”. Fue para establecer Su identidad, que Él era el mismo Jesús a quien habían seguido, a quien finalmente habían abandonado, a quien habían visto de lejos crucificado y muerto y a quien habían llevado a la tumba en la oscuridad de la noche. Era el mismo Cristo que estaba ahora delante de ellos y podían saberlo, ¡porque allí estaba el sello de Sus sufrimientos sobre Él! Él era la misma persona. Las manos y los pies podrían atestiguarlo.

Ustedes saben, amados, si no hubiera sido visible tal evidencia sobre nuestro Salvador, es probable que Sus discípulos hubieran sido lo suficientemente incrédulos como para dudar de la identidad de Su persona. ¿Habéis visto alguna vez a hombres cambiados, extremadamente cambiados en su apariencia externa? Conocí a un hombre, quizás hace cinco o seis años. Ha pasado por un mundo de sufrimiento y dolor y cuando lo he vuelto a ver, he declarado: "No te hubiera conocido si te hubiera encontrado en la calle". Ahora, cuando los discípulos se separaron de Jesús, fue en la Cena del Señor. Luego caminaron con Él al jardín. Allí sudó el Salvador, "como grandes gotas de sangre". ¿No te imaginas que tal lucha, un sudor tan sangriento como ese, debe haber tenido algún efecto en Su rostro? Seguramente había tenido suficiente para estropearlo antes. ¡Pero ahora las rejas del arado del dolor estaban afiladas y la angustia hizo profundos surcos en Él! Debe haber habido líneas de dolor en Su frente, más profundas de lo que jamás habían visto antes. Esto habría producido un cambio lo suficientemente grande como para hacerles olvidar su rostro. Y esto no fue todo. Sabes que tuvo que someterse a la flagelación en la columna del pretoriano y luego morir. ¿Puedes imaginar que un hombre pudiera pasar por el proceso de la muerte, por una agonía tan asombrosa como la que soportó el Salvador y, sin embargo, que no debería haber ningún cambio en su apariencia visible? ¡Puedo concebir que, al pasar por un horno como este, los mismos rasgos del rostro de Cristo parecerían haberse derretido, y tendrían que ser repasados antes de que los discípulos pudieran discernir que Él era la misma persona!

Además de eso, cuando Jesús resucitó, resucitó, ya sabes, como ahora está sentado en el cielo. Su cuerpo era de carne y hueso, pero, sin embargo, tenía poderes milagrosos. Era capaz de entrar en una habitación sin los modos ordinarios de acceso. ¡Encontramos a nuestro Salvador de pie en medio de Sus discípulos, con las puertas cerradas! Creo que Jesús tenía un cuerpo como el que vamos a tener nosotros en el otro mundo. Jesucristo no era un fantasma o un espectro, Su cuerpo no era un espíritu. ¡Era un cuerpo real! Y así en el cielo no imaginen que vamos a ser espíritus. ¡Seremos espíritus hasta el gran día de la resurrección, pero luego nuestro espíritu recibirá un cuerpo espiritual! Es para vestirse. No es para siempre ser un espíritu desnudo y sin cuerpo. Ese cuerpo será a todos los efectos y propósitos el mismo cuerpo que será colocado en la tumba. ¡Se siembra en deshonra y resucita en gloria, se siembra en debilidad y resucita en poder! Fíjate, ¡Jesús todavía era carne! No toda carne es la misma carne, no todos los cuerpos tienen las mismas cualidades. Así que la carne de nuestro Salvador era carne que no podía sufrir, carne que tenía poderes extraordinarios sobre sí misma, carne, sin embargo, que podía comer, aunque no tenía necesidad de hacerlo. Y tal puede ser el cuerpo, el cuerpo glorificado, que nos será dado cuando resucitemos en la primera resurrección y seremos hechos semejantes a nuestra cabeza.

Pero, ahora, ¡piensa! Si Cristo tuvo que sufrir en Su semblante esas transformaciones incomparables, eso debe haber estado relacionado, en primer lugar, con Su sudor de sangre, luego con Su agonía y después de eso, con la transformación, o, si se me permite usar tal

palabra, la transmutación de su cuerpo en un cuerpo espiritual, ¿no podéis concebir que su semejanza sería cambiada, que los discípulos apenas lo conocerían si no hubiera habido algunas marcas profundamente grabadas por las cuales podrían reconocerlo? Los discípulos miraron el mismo rostro, pero incluso entonces dudaron. Había majestad en Él que la mayoría de ellos no había visto. Pedro, Santiago y Juan lo habían visto transfigurado, cuando sus vestiduras eran más blancas de lo que cualquier lavandero podría hacerlas. Pero el resto de los discípulos sólo lo habían visto como un varón de dolores. No lo habían visto como el Señor glorioso y, por lo tanto, estarían dispuestos a dudar si Él era el mismo. Pero esas huellas de uñas; ese costado traspasado, estas eran marcas que no podían disputar, ¡de las cuales la incredulidad, en sí misma, no podía dudar! Y todos se convencieron y confesaron que Él era el Señor; incluso el incrédulo Tomás se vio obligado a gritar: ¡Señor mío y Dios mío!”

II. Pasemos a la segunda pregunta: *¿por qué debe Cristo llevar estas llagas en el cielo, y para qué sirven?* Déjame darte algunas ideas sobre el asunto.

Puedo concebir, primero, que las heridas de Cristo en el cielo serán un tema de eterna maravilla para los ángeles. Un antiguo escritor representa a los ángeles diciendo: “Oh, Señor de la gloria, ¿qué heridas son estas en Tus manos? Lo habían visto partir del cielo, y habían ido con Él hasta donde podían ir, cantando: 'Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra'”. Algunos de ellos lo habían observado durante Su peregrinaje, porque “Él fue visto de los ángeles”. Pero cuando regresó, no dudo que se aglomeraron a su alrededor, se inclinaron ante Él en adoración y luego le hicieron la santa pregunta: “¿Qué heridas son estas en Tus manos?” De todos modos, pudieron contemplar por sí mismos en el cielo al hombre que sufría y pudieron ver las heridas que sus sufrimientos produjeron en su cuerpo. Y puedo imaginar fácilmente que esto les haría elevar sus canciones más alto. ¡Prolongaría sus gritos de triunfo y les haría adorarlo con un éxtasis de asombro como nunca habían sentido! ¡Y no dudo que cada vez que miran Sus manos y contemplan al hombre crucificado exaltado por el costado de Su Padre, están de nuevo envueltos en asombro y de nuevo golpean sus arpas con dedos más gozosos, al pensar en lo que Él debe haber sufrido quien así lleva las cicatrices de Sus duras batallas!

Nuevamente, Cristo usa estas cicatrices en Su cuerpo en el cielo como Sus adornos. Las heridas de Cristo son sus glorias, son sus joyas y sus cosas preciosas. A los ojos del creyente, Cristo nunca es tan glorioso, nunca tan hermoso como cuando podemos decir de Él: “Mi Amado es blanco y rojizo”, ¡blanco con inocencia y rojizo con Su propia sangre! Nunca parece tan hermoso como cuando podemos verlo como la rosa y el lirio. Como el lirio, inigualable pureza y como la rosa, carmesí con Su propia sangre.

Podemos hablar de Cristo en Su belleza, en muchos lugares resucitando a los muertos y calmando la tempestad, pero ¡oh, nunca hubo un Cristo tan incomparable como el que colgó de la cruz! Allí contemplo todas Sus bellezas, todos Sus atributos desarrollados, todo Su amor

manifestado, todo Su carácter expresado en letras tan legibles que incluso mi pobre corazón tartamudo puede leer esas líneas y pronunciarlas de nuevo, tal como las veo escritas en carmesí sobre el árbol sangriento. Amados, estos son para Jesús lo que son para nosotros. Son Sus ornamentos, Sus joyas reales y Su hermoso atavío. No le importa el esplendor y la pompa de los reyes. La corona de espinas es Su diadema, ¡una diadema como nunca la llevó ningún monarca! Es cierto que Él no lleva ahora el cetro de caña, ¡pero hay una gloria en él que nunca brilló en un cetro de oro! Es verdad que Él no es ahora abofeteado ni escupido, Su rostro no está ahora más desfigurado que el de cualquier otro hombre por el dolor y la tristeza, porque Él es glorificado y lleno de bienaventuranza. ¡Pero Él nunca parece tan hermoso como cuando lo vemos abofeteado por los hombres por nosotros, soportando todo tipo de dolor, cargando con nuestras iniquidades y cargando con nuestros dolores! Jesucristo encuentra tales bellezas en Sus llagas que no renunciará a ellas: ¡Llevará el vestido de la corte con el que cortejó nuestras almas y vestirá la púrpura real de Su expiación por toda la eternidad!

Estos no son los únicos adornos de Cristo, son sus trofeos, ¡los trofeos de su amor! ¿Nunca has visto a un soldado con un corte en la frente o en la mejilla? Por qué todo soldado te dirá que la herida en la batalla no es una desfiguración, ¡es su honor! “Sí”, dice él, “recibí una herida cuando estaba retrocediendo, una herida en la espalda, que fueron para mi deshonra. Si he recibido una herida en una victoria, entonces es un honor ser herido”. ¡Ahora Jesucristo tiene cicatrices de honor en Su carne y gloria en Sus ojos! Tiene otros trofeos, ha repartido los despojos con los fuertes. Ha quitado la cautiva a su amo tirano. Él ha redimido para Sí mismo un ejército que nadie puede contar, que son todos los trofeos de Sus victorias, pero estas cicatrices, estos son los memoriales de la lucha y estos los trofeos también.

¿No sabéis que fue del costado de Jesús que la Muerte chupó su muerte? Jesús colgó de la cruz y la muerte pensó en obtener la victoria. ¡Sí, pero en su victoria, se destruyó a sí mismo! Hay tres cosas en Cristo con las que la Muerte nunca se encontró antes, todas las cuales son fatales para ella. Había inocencia en Cristo. Ahora bien, mientras el hombre fuera inocente, no podía morir. Adán vivió mientras fue inocente. Ahora Cristo estaba a punto de morir. Pero la Muerte chupó sangre inocente; ¡absorbió su propio veneno y murió! Una vez más, la bienaventuranza es lo que quita el aguijón de la muerte. Ahora bien, Cristo, incluso cuando estaba muriendo, era “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”. Todo lo que la Muerte había matado antes estaba bajo la maldición. Pero este hombre nunca estuvo por naturaleza bajo la maldición, ¡porque por nuestro bien no nació en este mundo como un hombre maldito! Él era la simiente de la mujer, es cierto, pero aún no de la generación carnal. Él vino bajo la maldición cuando tomó sobre Sí mismo nuestros pecados, pero no por Sus propios pecados. Él fue en sí mismo bendito. ¡La muerte absorbió la sangre bendita!

Nunca había hecho eso antes, todos los demás han estado bajo la maldición, y eso mató a la Muerte. ¡Fue la inocencia combinada con la bienaventuranza lo que fue la destrucción de la

Muerte! Otra cosa más; La muerte nunca se había encontrado antes con ningún hombre que tuviera vida en sí mismo. ¡Pero cuando la Muerte bebió la sangre de Cristo, bebió la vida, porque Su sangre es la vida del alma y es la semilla de la vida eterna! Dondequiera que va, ¿no da vida a los muertos? ¡Y la Muerte, al darse cuenta de que había bebido en sus propias venas la vida en la forma de la sangre de Jesús, entregó el espíritu! ¡La muerte misma está muerta, porque Cristo la ha destruido por el sacrificio de sí mismo! Él lo ha guardado. Él ha dicho: "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh tumba, ¿dónde está tu victoria?" Pero ahora, dado que fue de estas mismas heridas que la Muerte succionó su propia muerte, y que el infierno fue destruido, dado que estas fueron las únicas armas de un Redentor desarmado, ¡Él las usa y las lleva como Sus trofeos en el cielo! David guardó la espada de Goliat delante del Señor para siempre. Jesús pone Sus heridas ante el Señor, porque Sus heridas eran Sus armas, y es por eso que Él todavía las usa.

Estaba pensando mientras venía aquí en Jesucristo en el cielo con Sus heridas y otro pensamiento me golpeó. Otra razón por la que Jesús lleva sus heridas es que cuando intercede, puede emplear ellos como poderosos defensores. Cuando Él se levanta para orar por Su pueblo, ¡no necesita decir ni una palabra! Él levanta Sus manos ante el rostro de Su Padre. Él desnuda Su costado y señala Sus pies. Estos son los factores con los que Él suplica a Dios, ¡estas heridas! ¡Oh, Él debe prevalecer! ¿No ves que Cristo sin Sus heridas en el cielo podría ser lo suficientemente potente, pero no habría esa gloriosa sencillez de intercesión que ahora ves: ¡Él no tiene nada que hacer sino mostrar Sus manos! El Padre lo escucha siempre. Su sangre llora y se escucha; Sus heridas suplican y prevalecen.

Pensemos de nuevo. Jesucristo aparece en el cielo como el herido; esto nuevamente muestra que Él ha no ha hecho a un lado Su sacerdocio. Ya sabes cómo Watts parafrasea la idea. Él dice:

***"Parece un cordero que ha sido inmolado,
y todavía lleva su sacerdocio".***

Si las heridas hubieran sido removidas, podríamos haber olvidado que hubo un sacrificio. Y, quizás, a continuación, podríamos haber olvidado que había un sacerdote. Pero las heridas están allí, entonces hay un sacrificio y también hay un sacerdote, ¡porque el que está herido es tanto el sacrificio como el sacerdote! El sacerdocio de Melquisedec es un tema glorioso. El que lea esto con los ojos de la fe y sea bendecido con el Espíritu, encontrará muchos motivos de alegría cuando contraste el sacerdocio de Cristo con el de Aarón. El sacerdocio de Aarón comenzó y terminó.

Pero el sacerdocio de Melquisedec no tuvo principio y no tuvo fin. Era, se nos dice, "sin principio de días y sin fin de años", sin padre, sin madre, sin descendencia. ¡Tal es el sacerdocio

de Cristo! Nunca terminará. ¡Él mismo no tiene principio y Su sacerdocio no tiene fin! Cuando la última alma rescatada sea traída; cuando no haya más oraciones que ofrecer, Cristo seguirá siendo sacerdote. Aunque ahora no tiene ningún sacrificio que sacrificar, porque Él es el sacrificio mismo, "una vez y para siempre", aún así Él es un sacerdote y cuando todo Su pueblo, como resultado de ese sacrificio, se reúna alrededor de Su glorioso trono, ¡Seguirá siendo el sacerdote! "Porque Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec". Considero que esta es otra razón por la cual Él todavía lleva sus heridas en el cielo.

Hay otra y terrible razón por la que Cristo todavía lleva sus heridas. Es esto. Cristo viene a juzgar al mundo. Cristo tiene consigo hoy a los acusadores de sus enemigos. Cada vez que Cristo levanta sus manos al cielo, los hombres que lo odian o lo desprecian son acusados. ¡La nación judía es declarada culpable todos los días! Se recuerda el clamor: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Y el pecado de desechar a Cristo y rechazarlo es traído ante la mente del Altísimo. ¡Y cuando Cristo venga por segunda vez a juzgar al mundo con justicia, sentado en el Gran Trono Blanco, esas manos Suyas serán el terror del universo! "Mirarán a Aquel a quien traspasaron", ¡y se lamentarán por sus pecados! No se lamentarán con esperanzada penitencia en el tiempo, ¡se lamentarán con doloroso remordimiento por toda la eternidad! Cuando la multitud se junta; cuando en el valle de Josafat Cristo juzgará a las naciones, ¿qué necesidad tiene de llamar acusadores? ¡Sus propias heridas son sus testigos! ¿Por qué necesita llamar a alguien para convencer a los hombres de pecado? ¡Su costado lleva la obra de sus manos! Asesinos, ¿no habéis hecho esto? Hijos de una generación mala, ¿no traspasasteis al Salvador? ¿No lo clavaste al madero? ¡Mirad estos agujeros en Mis manos y esta puñalada en Mi costado! ¡Estos son testigos rápidos contra ti para condenarte! Hay un lado terrible, entonces, en esta pregunta.

Un Cristo crucificado con Sus heridas aún abiertas será un espectáculo terrible para un universo reunido. "Bueno", dice uno de mi congregación, "¿Qué nos importa eso? No hemos crucificado al Salvador". ¡No, pero déjame asegurarte que Su sangre será sobre ti! ¡Si mueren incrédulos, Su sangre será requerida de sus manos! ¡La muerte de Cristo fue obrada por las manos de la humanidad, de todos y de toda la humanidad! ¡Otros lo hicieron por ti y aunque no diste consentimiento verbal, sin embargo, asientes en tu corazón todos los días! Mientras odies a Cristo, das un asentimiento a Su muerte. ¡Mientras rechacen Su sacrificio y desprecien Su amor, dan evidencia en sus corazones de que habrían crucificado al Señor de la gloria si hubieran estado allí! ¡No, y tú mismo, en la medida de lo que puedas, lo crucificas de nuevo y lo avergüenzas abiertamente! Cuando te ríes de Su pueblo; cuando desprecias Su Palabra y te burlas de Sus ordenanzas; Estás clavando clavos en Sus manos y empujando la lanza hacia Su costado. ¡Por lo tanto, esas manos abiertas y ese costado traspasado serán testigos contra ustedes, incluso contra ustedes, si mueren rechazándolo y entran en la eternidad enemigos de Cristo por malas obras!

Creo que he proporcionado varias razones excelentes. Pero ahora, hay uno más que ofreceré para su consideración antes de pasar a la lección que aprenderán. Cristo lleva esas marcas en Sus manos para que, como creyentes, nunca olvides que Él ha muerto. Quizá no necesitemos nada para refrescar nuestra memoria en el cielo. Pero aún así, incluso si deberíamos, lo tenemos aquí. Cuando hayamos estado en el cielo muchos mil años, todavía tendremos la muerte de Cristo ante nosotros, lo veremos reinando, pero ¿no podéis concebir que la presencia de Cristo herido conmoverá a menudo los santos corazones de los seres celestiales a una nueva efusión de sus canciones agradecidas? Comienzan la canción así: "Al que vive". Jesús los mira y muestra sus manos y ellos agregan, "y estaba muerto y vive por los siglos de los siglos y tiene las llaves del infierno y de la muerte". No olvidarían que Él murió. Pero ciertamente esa parte de la canción donde dice: "Y estaba muerto", tendrá aún más dulzura porque allí está Él sentado con las mismas marcas de Su pasión, con las huellas de los clavos de Su crucifixión. Si vamos a estar en el cielo constituidos como lo estamos en la tierra, necesitaremos alguna señal visible para mantenernos continuamente en el recuerdo. Aquí, ya sabéis, el santo más espiritual necesita el pan y el vino, dulces emblemas del cuerpo del Salvador. ¡Allí no tendremos nada que ver con los emblemas, porque tendremos la vista de Él! Y, digo, si estamos en el cielo como lo estamos aquí, puedo imaginar que la presencia de Jesús puede ser muy beneficiosa, sea gloriosamente preciosa para los santos, reviviendo continuamente su amor y haciendo que sus corazones, que son como fuentes de amor, burbujeen de nuevo y manden de nuevo el agua viva de la gratitud y la acción de gracias.

De todos modos, sé que este pensamiento es muy agradable para mí, que veré al hombre que colgó de la cruz del Calvario y que lo veré como Él colgó allí. Me deleito en ver a mi Salvador en todas las glorias de Su Padre, pero anhelo volver y verlo como era, tan bien como es. Creo que a veces debería envidiar a Pedro y a los demás, que lo hubieran visto crucificado. Sí, diría, lo veo glorificado, pero tú viste la vista más maravillosa. Ver a un Dios es un espectáculo cotidiano con seres glorificados, pero ver a un Dios cubierto con Su propia sangre, ¡esto es algo extraordinario! ¡Ver a Cristo glorificado, para que podamos ver cada día, pero haberlo visto en esa ocasión especial, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, fue un espectáculo extraordinario que incluso los mismos ángeles pudieron ver solo una vez! Tú y yo no podemos ver eso. ¡Pero esas heridas todavía están manifiestas allí y son visibles y nos deleitaremos con la vista embelesada del Señor en gloria, con Sus heridas aún frescas sobre Él! ¡Que el Señor nos conceda que todos estemos allí para verlo! ¡Que nos refresquemos con esa vista gloriosa! Puedo decir que me separaría de todas las alegrías de los sentidos para ver Su rostro. Todo lo que es bueno en la tierra lo daría sin un deseo, sin un solo pensamiento persistente, si tan solo pudiera contemplar Su rostro y acostarme en Su seno y ver las queridas manos perforadas y el costado abierto de par en par. Debemos esperar Su placer. ¡Unos cuantos soles rodantes más lo harán! La luna saldrá y menguará para nosotros unas cuantas veces más y luego,

***“¡Veremos Su rostro y nunca, nunca pecaremos!
Sino que de los ríos de Su gracia, beberemos placeres infinitos”.***

III. Esto me lleva ahora al tercer punto. *¿qué quiere decir cristo al mostrarnos sus manos y sus pies?* Lo que quiere decir es que el sufrimiento es absolutamente necesario. Cristo es la cabeza y su pueblo son los miembros. Si se hubiera podido evitar el sufrimiento, seguramente nuestra gloriosa cabeza debería haber escapado. Pero, en la medida en que Él nos muestra Sus heridas, ¡es para decirnos que también nosotros tendremos heridas! La inocencia debe escapar del sufrimiento. ¿No quiso Pilato decir lo mismo cuando dijo: “No hallo culpa en Él, por tanto, dejadlo ir”? Pero la inocencia no escapó al sufrimiento. ¡Incluso el capitán de nuestra salvación debe perfeccionarse a través del sufrimiento! Por lo tanto, nosotros que somos culpables; nosotros, que estamos lejos de ser perfectos, no debemos extrañarnos de que también tengamos que estar heridos. ¿Será nuestra cabeza coronada de espinas e imaginas que los otros miembros del cuerpo serán mecidos en el delicado regazo de la comodidad? ¿Debe Jesucristo nadar a través de los mares de Su propia sangre para ganar la corona y ¿vamos a caminar tú y yo al cielo calzados secos con zapatillas de plata? No, las heridas de Cristo son para enseñarnos que el sufrimiento es necesario. De hecho, esa doctrina fue enseñada en el Monte Calvario. Solo hay tres tipos de hombres que han vivido alguna vez: un hombre bueno, un hombre malo y el Dios-hombre.

Ahora, en la cruz del Calvario, veo tres personajes: veo al ladrón, el representante del mal; Veo al ladrón arrepentido, el representante de los justos, y veo al Dios-hombre entre ellos. Los tres deben sufrir. No imagines ni por un momento que los malvados pasen por este mundo sin sufrir. ¡Oh, no! El camino al infierno es muy duro, aunque parece suave. Cuando los hombres se condenan a sí mismos, no encontrarán que sea una tarea muy placentera. Cortar la garganta del alma de uno no es una operación tan agradable. El beber el veneno de la condenación no es, después de todo, una tarea envidiable. El camino del pecador puede parecer feliz, pero no lo es. Es un engaño dorado. Sabe que hay amargura en su corazón, incluso aquí en la tierra. ¡Incluso los malvados deben sufrir! Pero, fíjate, si alguien fuera del mundo hubiera escapado, sería el Dios-hombre. Pero el Dios-hombre no escapó. Él nos muestra sus heridas. ¿Y crees que permanecerás ileso? No si eres Suyo, en todo caso. Los hombres a veces escapan en la tierra. Pero el verdadero hijo de Dios no debe y no lo hará, si pudiera, porque si lo hiciera, entonces se daría motivo para decir: “Yo no soy parte del cuerpo. Si yo fuera parte del cuerpo; mi cabeza sufrió y yo también debo sufrir, porque soy parte de Su cuerpo viviente”. Esa es la primera lección que nos enseña: la necesidad del sufrimiento.

Pero luego, Él nos enseña Su simpatía por nosotros en nuestro sufrimiento. “Allí”, dice, “¡mira esta mano! Yo no soy un Sumo Sacerdote que no puede ser tocado con el sentimiento de vuestras enfermedades. Yo también he sufrido. Fui tentado en todo como tú lo eres. ¡Mira aquí! ¡Ahí están las marcas, ahí están las marcas!

No son sólo muestras de Mi amor; no son solo dulces nomeolvides que me obligan a amarte para siempre, además de eso, ¡son la evidencia de Mi simpatía! Puedo sentir por ti. Mira lo que he sufrido. ¿Tienes un dolor de corazón? ¡Ah, mira, qué dolor tuve cuando me traspasaron este corazón! ¿Sufres, hasta la sangre, luchando contra el pecado? Yo también. ¡Me compadezco de ti!". Esto fue lo que sostuvo a los primeros mártires. Uno de ellos declaró que mientras sufría, fijó sus ojos en Cristo. Y cuando estaban pellizcando su carne, arrastrándola con las gradas calientes; cuando lo estaban sometiendo a dolores tan extraordinarios, que no me atrevo a mencionarlos aquí, para que algunos de ustedes no se desmayen incluso bajo la misma narración, dijo: "Mi alma no es insensible, sino que ama". ¡Qué glorioso discurso fue ese! ¡Ama, ama a Cristo! No era insensible, pero el amor le dio poder para superar el sufrimiento, ¡un poder tan potente como la insensibilidad! "Porque", dijo, "mis ojos están fijos en Aquel que sufrió por mí, y por Su gracia, puedo sufrir por Él, porque mi alma está en Su cuerpo. He enviado mi corazón a Él. Él es mi hermano y ahí está mi corazón. Arad mi carne y romped mis huesos, aplastadlos con vuestros hierros, todo lo puedo soportar porque Jesús sufrió y ahora sufre en mí, se compadece de mí y esto me hace fuerte". Sí, amados, aférrense a esto en todos los tiempos de su agonía. Cuando estés sudando, piensa en Su sudor sangriento. Cuando estés magullado, piensa en los latigazos que desgarraron Su carne. Y cuando te estés muriendo, piensa en Su muerte. Y cuando Dios oculte Su rostro por un momento de ti, piensa: "¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!" Es por eso que Él lleva Sus heridas en Sus manos, para que Él pueda mostrar que se compadece de ti.

Otra cosa, Cristo lleva estas heridas para mostrar que el sufrimiento es algo honorable. ¡Padecer por Cristo es gloria! Los hombres dirán: "Es glorioso hacer sufrir a otros". Cuando Alejandro cabalga sobre los cuellos de los príncipes y pisotea a las naciones bajo sus pies, eso es glorioso. La religión cristiana nos enseña que es glorioso ser pisoteado, glorioso ser aplastado, glorioso sufrir. ¡Esto es difícil de aprender! Allí lo vemos en nuestro Maestro glorificado. Él hace que Sus heridas sean Su gloria y Sus sufrimientos sean parte de las vestiduras de Su atuendo real en el Paraíso.

Ahora bien, es una cosa honorable sufrir. ¡Oh, cristiano, cuando estés abrumado por problemas extraños, no tengas miedo! ¡Dios está cerca de ti! Fue el honor de Cristo sufrir y es el tuyo también. El único grado que Dios le da a Su pueblo es el grado de "Maestros en la tribulación". ¡Si quieres ser uno de los nobles de Dios, debes ser nombrado caballero! Los hombres son nombrados caballeros con un golpe de espada. El Señor nos hace caballeros con la espada de la aflicción. Y cuando luchamos duramente en muchas batallas, Él nos hace barones del reino de los cielos, Él nos hace duques y señores en el reino de la honra dolorosa, no por la honra del hombre, sino por la deshonra del hombre, no por el gozo, ¡sino por la deshonra del hombre a través del sufrimiento y el dolor y la agonía y la muerte! El mayor honor que Dios puede conferir a Sus hijos es la corona roja como la sangre del martirio.

Cuando leía, como he estado leyendo últimamente, la historia de las catacumbas de Roma y esas breves, pero muy concisas inscripciones que se escriben sobre las tumbas de los mártires, a veces sentía como si pudiera envidiarlas.

No les envidio sus potros, sus hierros candentes, su ser arrastrado por los talones de los caballos. Pero los envidio cuando los veo ataviados con el manto rojo sangre del martirio. ¿Quiénes son los que están más cerca del trono eterno, los primeros de los santos en la luz? ¡Por qué, el noble ejército de los mártires! Y así como Dios nos dará la gracia de sufrir por Cristo, de sufrir con Cristo y de sufrir como Cristo, ¡tanto nos honra Él! Las joyas de un cristiano son sus aflicciones. Las insignias de los reyes que Dios ha hecho son sus problemas, sus penas y sus dolores. ¡No rehuyamos, pues, ser honrados! ¡No nos desviemos de ser exaltados! ¡Las penas nos exaltan y los problemas nos elevan!

Por último, hay un dulce pensamiento relacionado con las llagas de Cristo que ha encantado mi alma y ha hecho rebosar de alegría mi corazón. Es esto, a veces he pensado que, si soy parte del cuerpo de Cristo, soy una pobre parte herida. Si pertenezco a ese todo glorioso, la iglesia, que es Su plenitud, la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo, sin embargo, he dicho dentro de mí: "Soy una pobre parte mutilada; herido, lleno de llagas putrefactas". Pero Cristo no dejó tras de sí ni siquiera sus heridas, ni siquiera las que llevó al cielo. "No será quebrado hueso suyo", y la carne, cuando esté herida, no será desechada, no será dejada. ¡Él llevará eso con Él al cielo y glorificará incluso al miembro herido! ¿No es esto dulce? ¿No es esto precioso para el atribulado hijo de Dios? Este, de hecho, es un pensamiento del que uno puede chupar miel, aunque soy pobre, débil y herido, ¡Él no me descartará! Sus heridas son heridas curadas, fíjense, ¡no son llagas supurantes! Y así, aunque seamos las partes heridas de Cristo, ¡seremos sanados!

Aunque al recordar lo que éramos en la tierra nos parecerá a nosotros mismos solo heridas, solo partes de un cuerpo herido, ¡aun así nos regocijaremos de que Él haya sanado esas heridas y que no nos haya desechado! ¡Preciosa, preciosa verdad de Dios! Todo el cuerpo lo presentará ante el rostro de su Padre y aunque esté herido, ¡no desechará sus propias heridas! Consolémonos, pues, en esto. Regocijémonos en ello. Seremos presentados por fin, sin mancha ni arruga, ni nada por el estilo. Fíjate, las heridas de Cristo no son manchas para Él, ni arrugas, ¡son adornos! E incluso aquellas partes de Su iglesia en la tierra que se desesperan de sí mismas; considerándose como heridas; no habrá manchas, ni arrugas en la iglesia completa arriba, sino que incluso ellos serán los ornamentos y la gloria de Cristo. Miremos ahora hacia arriba por fe y veamos a Jesús, el Jesús herido, sentado en Su trono. ¿No nos ayudará esto a ceñirnos los lomos para "correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe; quién, por el gozo puesto delante de Él, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios"?

No puedo despedirte sin esta última observación. Pobre pecador, estás atribulado a causa del pecado. Hay un dulce pensamiento para ti. Los hombres tienen miedo de ir a Cristo, o bien dicen: "Mis pecados son tantos que no puedo ir a Él. se enfadará conmigo". ¿Ves Sus manos extendidas hacia ti esta noche? Él está en el cielo y todavía dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar".

¿Tienes miedo de venir? Entonces, mira Sus manos, mira Sus manos, ¿no te inducirá eso? "Oh", pero tú dices: "No puedo pensar que Cristo pueda tener en Su corazón recordar a un gusano como yo". ¡Mira Su costado, hay fácil acceso a Su corazón! Su costado está abierto e incluso tus pobres oraciones pueden ser empujadas hacia ese costado y llegarán a Su corazón, ¡aunque es santo! ¡Mira solamente sus heridas y ciertamente encontrarás paz a través de la sangre de Jesús! Había dos monjes de los últimos años en diferentes celdas en su convento. Estaban leyendo la Biblia. Uno de ellos encontró a Cristo leyendo las Escrituras y creyó con verdadera fe evangélica. El otro era tímido y apenas podía pensar que era cierto. El plan de salvación le parecía tan grande que apenas podía aferrarse a él.

Pero, al fin, él llegó al punto de morir, y mandó llamar al otro para que viniera y se sentara junto a él y cerrara la puerta, porque si el superior hubiera oído aquello de lo que iban a hablar, podría haberlos condenado a ambos. Cuando el monje se hubo sentado, el enfermo comenzó a contar cómo sus pecados pesaban sobre él. El otro le recordaba a Jesús. "Si quieres ser salvo, hermano, debes mirar a Jesús, quien colgó de la cruz. Sus heridas salvarán". El pobre oyó y creyó. Casi inmediatamente después entró el superior, con los hermanos y los sacerdotes. Y comenzaron a untarlo en la extremaunción. Este pobre hombre trató de alejarlos. No pudo soportar la ceremonia, y lo mejor que pudo, expresó su disidencia. Por fin sus labios se abrieron y dijo en latín: "¡Tu vulnera Jesu!" ¡Tus heridas, oh Jesús! ¡Tus heridas, oh Jesús!, juntó sus manos, las levantó al cielo, cayó hacia atrás y murió. ¡Oh, quisiera que muchos protestantes murieran con estas palabras en sus labios! En ellos estaba la plenitud del evangelio: ¡Tus llagas, oh Jesús! ¡Tus heridas! Estos son mi refugio en mi angustia. ¡Oh pecador, que se te ayude a creer en sus llagas! ¡No pueden fallar! ¡Las heridas de Cristo deben sanar a aquellos que ponen su confianza en Él!